

Educación en Martín Fierro

Autora: Ludmila Vyčítalová

Estudiante del 2º semestre de magisterio

Estudiante en el Departamento de Lenguas Románicas, Facultad de Filosofía de la Universidad de Masaryk, Brno

Tutoría del trabajo: Dr. Daniel Vázquez Touriño

Otorgo, mediante la presente declaración, mi consentimiento a los organizadores del Premio Iberoamericano para la cesión del presente trabajo a las universidades checas o iberoamericanas, así como para su publicación en las páginas web (www.premioiberoamericano.cz) o su difusión a través de los medios de comunicación que el comité considerara pertinentes.

Resumen

El presente ensayo tiene por tema la educación en *Martín Fierro* de José Hernández. Este poema épico es una protesta abierta contra los pasos dados por el gobierno argentino de orientación liberal (los unitarios) dentro de su estrategia consistente en elevar la cultura del país mediante la sustitución de los *ineducables* por inmigrantes de países más avanzados y modernos.

Partimos de la hipótesis de que Hernández usa, para la defensa de los gauchos (por Sarmiento también considerados ineducables), no solo acusaciones y argumentaciones relacionadas con la (in)justicia o la política, sino que también se sirve del tema de la educación como de instrumento de defensa del hombre de la pampa. Pretendemos hallar tales elementos en el texto del poema y presentarlos de un modo organizado como una serie de puntos contenidos en el mensaje que, sirviéndose del tema, Hernández emite tanto a los hombres del gobierno liberal, como a los mismos habitantes de la Pampa.

1. Introducción

El motivo de seleccionar el tema de la educación en el poema *Martín Fierro* surge de una previa búsqueda de trabajos realizados sobre este tema en particular. Durante la misma resultó evidente que *Martín Fierro* es una obra analizada desde numerosos puntos de vista: ley y justicia (J. Ludmer, O.R. Burgos), concepto de gaucho en la sociedad, la persona y vida del gaucho (E. Ortiz Gambetta, J. Oviedo), la estructura y sintaxis del poema (F. Sorrentino, J. Oviedo), etc. También existen numerosos estudios, tesis, artículos y libros existentes acerca de la persona y la obra de Domingo Faustino Sarmiento (A. Rodríguez Maldonado, Carlos Marichal, M. Rosa Lojo), su fructuosa labor e interesante biografía, sobre su actividad en el ámbito de la educación. Son visiblemente menos numerosos los trabajos que han aparecido (al menos en el idioma español) en los distintos catálogos centrados en la combinación de ambas áreas, es decir, tras la búsqueda del tema *educación* en relación con el tema *Martín Fierro*. El presente trabajo pretende, pues, ampliar el estudio del poema *Martín Fierro* en esta dirección y en el idioma español y pretende ofrecer respuestas a las siguientes preguntas: ¿Cuál es el motivo que impulsa a Hernández a abordar el tema de la educación? ¿Son motivadas las apariciones del tema en el poema por los cambios políticos que ocurrían en la época? ¿Tienen una relación directa con la actitud progresista y reformista de Domingo Faustino Sarmiento? Como partimos de la hipótesis que responde de un modo afirmativo a estas dos últimas preguntas, se plantean algunas preguntas más: ¿cuál es la imagen del gaucho que Hernández ofrece? ¿Es capaz de ser educado o, tal y como sugiere Sarmiento, es un ineducable sin remedio? ¿Cuál es el mensaje de Hernández para Sarmiento?

2. Entorno político y social de Argentina en la primera mitad del siglo XIX

El proceso de modernización iniciado por los liberales tras la victoria de estos contra los federales atañía (aparte del sector industrial o el agrónomo) también la educación, proyecto del cual se encargaría Domingo Faustino Sarmiento desde su posición de ministro de cultura y educación y más tarde de presidente del país. Esta fase de modernización resultó especialmente dolorosa para los gauchos, ya que una parte de las reformas, concretamente aquella que se proponían elevar el nivel cultural del país,

consistía en sustituir a este grupo de personas carentes de educación por inmigrantes europeos y norteamericanos. El motivo que regía estas resoluciones era la convicción de Sarmiento de que el gaucho era ineducable, por tanto no era útil para su proyecto (reformular la sociedad mediante su educación, de modo que dejara de ser objeto de fácil manipulación por parte de los caudillos). Lo consideraba un obstáculo insuperable en el proceso de elevación del nivel cultural (y a ello ligado el nivel económico) de Argentina y había puesto en marcha la sistemática eliminación de este grupo de ciudadanos: eran enviados a la Frontera para defender los territorios invadidos por los indios, así como eran carne de cañón en las guerras, locales o internacionales: especialmente en la Guerra de la Triple Alianza, los gauchos eran enviados a la primera línea, asegurando así una enorme mortalidad entre sus congéneres. Entre otros, José Hernández denunció tales procedimientos, alegando a favor de los gauchos las cualidades que los convertían en injustamente estigmatizados y perseguidos, puesto que no eran ineducables ni perdidos para la sociedad, como Sarmiento había determinado.

3. Educación en el poema

El gaucho a primera vista aparece como una persona absolutamente falta de instrucción y educación formal (y él mismo lo sabe y asume): «El campo es del inorante, / El pueblo del hombre estruido» (*La Vuelta*, versos 55-56). «Si alguna falta cometo / La motiva mi inorancia, / No vengo con arrogancia» (*La Vuelta*, versos 1767-1769). «Otro más sabio podrá / Encontrar razón mejor» (*La Vuelta*, versos 2043-2044). «Le pediré a ese doctor / Que en mi inorancia me deje» (*La Vuelta*, versos 2477-2478). «Yo creía en el testimonio / Como cree siempre el que inora» (*La Vuelta*, versos 2707-2708). «Soy inorante completo / Nada olvido, y nada aprendo» (*La Vuelta*, versos 3853-3854).

Hernández admite que es una de las formas de provocación que pone en evidencia que la educación formal no es la única existente y válida y que un hombre inculto, en condiciones favorables, dispone de su propia sabiduría en otros campos diferentes a los que, en cambio, no alcanza un ciudadano instruido de la urbe. Un ejemplo práctico lo hallaremos en la *payada* con el Moreno (versos 3917-4522 de *La Vuelta*), en la que Martín Fierro vence al Moreno por no conocer el segundo los trabajos de una estancia en consecuencia de haber sido educado por un fraile. Martín Fierro, por

el contrario, había sabido contestar a las preguntas del Moreno aún no habiendo recibido instrucción formal, más bien guiándose por la sabiduría resultante de su fusión con la naturaleza, los conocimientos transmitidos de generación en generación de forma oral, sus instintos y su sentido común. Josefina Ludmer considera *La Vuelta* «el gran texto estatal y didáctico de la literatura argentina: un espacio de saberes y de maestros diversos, y de instrucciones y consejos (cómo tratar a los indios, cómo cruzar el desierto, cómo hacer trampas en el juego, o cómo pasar la noche bajo las estrellas)», y concretamente la payada el máximo ejemplo del saber del gaucho: «La culminación del saber se encuentra en la payada entre Martín Fierro y el Moreno: el duelo a cuchillo de *La Ida* se transforma en *La Vuelta* en duelo verbal [...]» (Ludmer 628). Martín Fierro sale vencedor de este trance y es, por tanto, una victoria del no educado sobre uno que sí lo era, al menos hasta cierto punto: Martín Fierro: «Y te convidó a cantar / Sobre cosas de la Estancia» (*La Vuelta*, versos 4371-4372). El Moreno: «De la inorancia de naides / Ninguno debe abusar / [...] / Es buena ley que el más lerdo / Debe perder la carrera» (*La Vuelta*, versos 4379-4380; 4391-4392). El gaucho quizás no sea educado, pero posee numerosas cualidades y un saber procedentes de ancestrales sabidurías de sus antepasados y de la adquirida durante su continua exposición a la naturaleza y es, por tanto, sabio a su manera.

En las páginas de *Martín Fierro* podemos leer versos en los que el gaucho tiene ciertas capacidades y cualidades valiosas y es consciente de ellas (si bien no son apreciadas por los intelectuales del gobierno como Cultura con mayúscula), lo cual se puede observar en situaciones donde, por ejemplo, un gaucho sin instrucción formal sabe componer textos, muchas veces improvisados, prueba de su inteligencia musical: «Yo no soy cantor letrao, / Mas si me pongo a cantar / No tengo cuándo acabar [...] Las coplas me van brotando / Como agua de manantial» (*La Ida*, versos 49-54). «Y aunque yo por mi inorancia / Con gran trabajo me esplico, / Cuando llego a abrir el pico, / Ténganlo por cosa cierta, / Sale un verso y en la puerta / Ya asoma el otro el hocico» (*La Ida*, versos 1897-1902). El gaucho no se siente estúpido o torpe: «No soy lerdo» (*La Ida*, verso 657) y sabe cuándo adoptar una actitud de prudencia y observar: «Y me les hacia el dormido / Aunque soy medio despierto» (*La Ida*, versos 797-798). Es capaz de valorar la situación y detectar el peligro, prueba de su inteligencia social y de sus instintos: «He visto negocios feos / A pesar de mi inorancia» (*La Ida*, versos 821-822). «Nunca jui gaucho dormido, / Siempre pronto, siempre listo» (*La Ida*, versos 967-969). Tiene, como todo ser humano, la capacidad de autocrítica: «En medio de mi inorancia /

Conozco que nada valgo» (*La Ida*, versos 979-980). No está del todo desconectado del mundo de los instruidos y sabios, no siente resentimiento y piensa sobre temas metafísicos: «Imploro a la alma de un sabio / Que venga a mover mi labio / Y alentar mi corazón» (*La Vuelta*, versos 16-18), así como tampoco tiene necesariamente que ser él siempre el que ha de aprender y tomar del instruido, sino que también él tiene algo que ofrecer: «Y el que me quiera enmiendar / Mucho tiene que saber - / Tiene mucho que aprender / El que me sepa escuchar» (*La Vuelta*, versos 91-94). El saber de los gauchos surgido de la convivencia con la naturaleza, de los instintos y sus conocimientos transmitidos de forma oral de generación en generación han sido admirados también por Lucio Mansilla en su *Excursión a los indios ranqueles*: «El aire libre, el ejercicio varonil del caballo, los campos abiertos como el mar [...] produce un tipo generoso, que nuestros políticos han perseguido y estigmatizado, que nuestros bardos no han tenido el valor de cantar, sino para hacer su caricatura» (Mansilla 216).

Los gauchos no solo son conscientes de sus conocimientos, sino que también son capaces de ponerlos en práctica en situaciones de necesidad, ya se trate de un instinto que ayuda a identificar el carácter de las personas: «Y aunque mi ciencia no es mucha, / Esto en mi favor previene; / Yo sé el corazón que tiene / El que con gusto me escucha» (*La Vuelta*, versos 69-72) o en las disciplinas que requieren su trabajo y estilo de vida. Hablando de la doma de potros salvajes así dice Martín Fierro en el canto X: «Aventaja a los demás / El que estas cosas entienda- / Es bueno que el hombre aprenda, / Pues hay pocos domadores, / Y muchos frangolladores¹ / Que andan de bozal y rienda» (*La Vuelta*, versos 1455-1460). El ejemplo siguiente muestra al gaucho insuperable en numerosas disciplinas y cuyos consejos son de gran valor durante una travesía por la pampa: «Todo es cielo y horizonte / En inmenso campo verde! [...] Si alguien cruzarlo desea / Este consejo recuerde. / Marque su rumbo de día / Con toda fidelidá / Marche con puntualidá / Siguiéndolo con fijeza / Y si duerme, la cabeza / Ponga para el lao que va» (*La Vuelta*, versos 1491-1502). Todo esto son claros indicios de que el gaucho no solo se basta para su trabajo y vida con los conocimientos que posee, sino que es capaz de dar consejos al que no disponga de ellos: los roles se invierten en el momento en que un forastero necesita cruzar el infinito mar verde, domar un animal salvaje o rastrear una persona o animal perdido, aquí el gaucho es el que domina las cualidades necesarias, no así cualquier persona, por instruida que sea. El gaucho no es, por tanto,

¹ Chapuceros, que hacen las cosas mal.

un inútil incapaz de aprendizaje. *Martín Fierro* contiene numerosos indicios de defensa del saber de los gauchos, que si bien no se acopla a los ideales de la educación formal y sistemática, no se encuentra necesariamente en su polo opuesto, es decir, en la posición de la ausencia del saber.

No obstante, no basta con proclamar que los gauchos tienen ciertas clases de conocimientos. Para lograr una defensa del gaucho realmente efectiva, hay que modificar la opinión (difundida por Sarmiento y sus iguales) de que los gauchos son incapaces de adaptarse al código legal, de aprender otra clase de habilidades y formar parte de una sociedad que se halla en progreso y evolución. Hernández por ello en su *Carta II* (1874) adopta la postura del defensor de la educación para los gauchos, considerándola necesidad para que el gaucho sea considerado ciudadano y no paria: «[...] debe tener deberes y también derechos, y su cultura debe mejorar su condición.» Y continúa un poco más adelante: «[...] su rancho no debe hallarse situado más allá del dominio y del límite de la Escuela» (Hernández 49). Esto es una propuesta que en parte coincide con la de Sarmiento (en el sentido de que a la población había que educarla), pero al mismo tiempo se opone a la idea de Sarmiento de excluir a los gauchos de este proceso. Carlos Gamerro interpreta a Hernández en relación a este punto así: «El problema no es la barbarie innata del gaucho, como quería Sarmiento, sino la violación [...] /de/ la igualdad de los hombres ante la ley» (Gamerro 19), es decir, la falta de educación es un pretexto para poder aplicar la doble ley. El gaucho también es consciente de las desventajas que la falta de instrucción supone para él, y *Martín Fierro* contiene versos que denotan el deseo del gaucho de poseer una mayor educación. Si el gaucho no fuese ignorante, no sería expuesto a la muerte, no sería un perseguido destinado a morir en la Frontera o en las guerras: «Paga el gaucho su inorancia / Con la sangre de las venas» (*La Ida*, versos 1907-1908). Es visible la denuncia de la injusticia a la que el gaucho está enfrentándose por su condición: «Con el gaucho desgraciao / No hay uno que no se entone / La menor falta lo espone / A andar con los avestruces! / Faltan otros con más luces / Y siempre hay quien los perdone» (*La Ida*, versos 2017-2021). Hernández no solo defiende al gaucho por su posición de estigmatizado e injustamente sacrificado, sino que argumenta con los ejemplos más arriba indicados que el gaucho es víctima de su ignorancia, el sistema abusa de ella en vez de darle una solución efectiva: educar al gaucho y a sus prójimos, pues no hay en su actitud nada que demuestre su incapacidad para recibir formación ni resistencia a ella.

El tema de la educación directamente nombrado se halla mucho más presente en la segunda parte de *Martín Fierro*, sucumbiendo estas representaciones también a un proceso de evolución interno a lo largo del texto del poema: desde un suave empalme a los hechos con los que concluye *La Ida*, a través de muchas otras experiencias de los personajes, que (junto con la creciente edad) los van convirtiendo paulatinamente en más sabios, dueños de su genio y comprometidos con el sistema, suavizando su actitud de rechazo de la educación hasta llegar al reconocimiento de las ventajas y cualidades del saber y de la educación. Donald Castaniens detecta un cambio de postura en Hernández y, en su *Hernández's Didactic Purpose in Martín Fierro* indica: «Hernández ahora escribe desde el punto de vista de la sociedad que previamente había condenado»² y añade: «En este nuevo carácter nos encontramos con un Martín Fierro que predica paciencia estoica en lo desafortunado, lo cual es un fuerte contraste con su previa resolución de convertirse en matrero en la primera parte»³ (Castanien 31). Estos saberes adquiridos a través del proceso de maduración y creciente sabiduría están contenidos en la parte final del poema, donde Martín Fierro, sus dos hijos y el hijo de Cruz, Picardías, meditan sobre su situación. Martín Fierro da consejos a los jóvenes, basándose en lo que él ha aprendido a lo largo de su (nada fácil) vida. Hay en estos pensamientos muestras de sentido común y cualidades morales que se pueden desarrollar en el gaucho y que (una vez más) niegan su innato barbarismo e inhumanidad, así como su incapacidad de aprender: ha aprendido de su experiencia, de la exclusión de la sociedad, de las consecuencias de sus anteriores actos. El gaucho no es, por tanto, ineducable.

Estos versos asimismo demuestran que el gaucho tiene en mucha estima otra cualidad humana importante, la amistad: «Al que es amigo, jamás / Lo dejen en la estacada»⁴ (*La Vuelta*, versos 4629-4630). El concepto de la amistad para el gaucho es otro punto que Carlos Gamerro en su introducción a *Martín Fierro* analiza haciendo una comparación entre las relaciones criminal-vaquero-sheriff de las películas norteamericanas, donde el vaquero es el bueno ya que ayuda a la policía a atrapar a los bandidos, y la invertida dinámica de las mismas situaciones en la realidad argentina, donde el gaucho (equivalente al *cowboy* norteamericano) jamás ayudaría a un representante de la justicia actuando en contra de un delincuente, pues su concepto de la

² En original: «Hernández is now writing from the point of view of the society he previously condemned».

³ En original: «In this new character we find Martín Fierro preaching stoic patience in misfortune, a strong contrast to his resolution to become an outlaw in the first part».

⁴ En un apuro, abandonado a su suerte.

justicia está muy dañado y el sentimiento de solidaridad con los que *se han tenido que hacer malos* es mucho más notable: «[...] el argentino, para quien la amistad es una pasión y la policía una mafia, siente que ese “héroe“ es un incomprensible canalla» (Gamerro 17). Veamos otro ejemplo de la amistad del gaucho: «De rodillas a su lado / Yo lo encomendé a Jesús! / Faltó a mis ojos luz- / Tuve un terrible desmayo - / Cai como herido del rayo / Cuando lo vi muerto a Cruz» (*La Vuelta*, versos 925-930). «Y yo, con mis propias manos, / Yo mesmo lo sepulté- / A Dios por su alma rogué / De dolor el pecho lleno» (*La Vuelta*, versos 935-940). Este último ejemplo deja ver claramente la capacidad de Martín Fierro de sentir dolor por la muerte de un amigo, hecho que contrasta con su habitual rudeza, así como hace visible la fe en Dios que el gaucho, en su ignorancia, tiene, como viene a ser confirmado por este otro ejemplo: «En el mayor infortunio / Pongan su confianza en Dios» (*La Vuelta*, versos 4621-4622). También en el siguiente ejemplo el gaucho sabe escuchar lo que le indican sus instintos e inteligencia social: «El hombre ha de ser prudente / Para librarse de enojos- / Cauteloso entre los flojos / Moderado entre valientes» (*La Vuelta*, versos 4645-4648); es capaz de aprender de los procesos que en él transcurren, sabe por ejemplo que el vicio produce adicción y ha sacado sus conclusiones: «Y sepan que ningún vicio / Acaba donde empieza» (*La Vuelta*, versos 4725-4726), es capaz de actitud tolerante: «Aquel que defectos tenga, / Disimule los ajenos» (*La Vuelta*, versos 4629-4630); y conoce el concepto de la honradez: «Pero les debo enseñar, / Y es bueno que lo recuerden- / Si la vergüenza se pierde / Jamás se vuelve a encontrar» (*La Vuelta*, versos 4687-4690); «Pues no es vergüenza ser pobre / Y es vergüenza ser ladrón» (*La Vuelta*, versos 4731-4732). Por todo ello, el gaucho no es un bárbaro irremediable, sino que está necesitado de atención que despertara en él su propia voluntad de progreso y motivara el desarrollo de lo bueno que en él hay. Josefina Ludmer indica que en distintas obras del género gauchesco se repite el modelo consistente en primero lanzar lamentos por la desigualdad, para más tarde presentar escenas educativas en la voz del que sabe y educa, y comenta los consejos que Fierro da a sus hijos en el canto XXXII del siguiente modo: «Los consejos de Fierro inculcan la ley: no robar, no matar, no beber, trabajar, ser prudente y moderado. Fierro diferencia nítidamente el delito y establece la división definitiva entre gaucho legal e ilegal» (Ludmer 628). En efecto, Martín Fierro ha aprendido su lección y ha sabido transformar muchas penurias vividas en algo positivo: en una serie de consejos útiles (basados en valores positivos como la amistad o la fe en Dios, pruebas de sus cualidades innegables) que transmitir a la generación siguiente.

Esta visión de gaucho ineducado, pero no ineducable, aparece desafiante en el capítulo escrito en prosa que sirve de introducción a *La Vuelta, Cuatro palabras de conversación con los lectores*⁵, donde Hernández caracteriza las expectativas que tiene de su propia obra: «Un libro destinado a despertar la inteligencia y el amor a la lectura en una población casi primitiva, a servir de provechoso recreo [...] en su [el de los gauchos] mismo lenguaje, en sus frases más usuales, en su forma más general, aunque sea incorrecta [...] a fin de que su lectura se identifique con ellos de una manera tan estrecha, e íntima, que no sea sino una continuación natural de su existencia» (Hernández 142). ¿Cómo podría un libro servir para *despertar en alguien algo* (la inteligencia y el amor a la lectura) que no tuviese dentro del individuo sus gérmenes, su potencial de desarrollo y crecimiento?

No obstante, Hernández va más allá de expresar su opinión acerca de la educabilidad del gaucho y acto seguido añade también una serie de consejos concretos acerca del contenido de la enseñanza que los gauchos deberían recibir a través del arte (de su obra): «Enseñando que el trabajo honrado es la fuente principal de toda mejora y bienestar; enaltecendo las virtudes morales [...]. Afeando las supersticiones ridículas y generalizadas que nacen de una deplorable ignorancia [...]. Tendiendo a regularizar y dulcificar sus costumbres, enseñando, por medios hábilmente escondidos, la moderación y el aprecio de sí mismo y el respeto a los demás [...]» (Hernández 142,143). En la *Conversación*, Hernández traza un esbozo de un plan temático y didáctico, admite su intención de influir la población inculta de la zona rural escribiendo una obra que

«[...] levantaría el nivel moral e intelectual de sus lectores aunque dijera *naiques* por nadie, *resertor* por desertor, *mesmo* por mismo u otros barbarismos semejantes; cuya enmienda está reservada a la escuela, llamada a llenar un vacío que el poema debe respetar, y a corregir vicios y defectos de fraseología, que son también elementos de que se debe apoderar el arte para combatir y extirpar los males morales más fundamentales y trascendentes, examinándolos bajo el punto de vista de una filosofía más elevada y pura» (Hernández 143).

Gamerro en su introducción percibe cierta tensión y desabrimiento en estas frases y atribuye a Hernández la actitud de conceder «a regañadientes, que la escuela podrá *corregir y enmendar*» así como acto seguido interpreta estas líneas como la admisión

⁵ En adelante solo *Conversación*.

del autor que «el poema tiene cosas mejores que hacer, tales como elaborar artísticamente esos *vicios y defectos* del habla para mejor realizar su tarea educativa» (Gamerro 29). Sea a regañadientes o no, Hernández se opone firmemente a las propuestas de Sarmiento de elevar el nivel cultural de la nación basándose en la eliminación de ciertas capas de la sociedad por considerarlas casos perdidos e individuos incorregibles y lo hace desafiando, adoptando unas veces una posición dominante del dominado, o lamentando y criticando la injusticia desde la posición dominada del dominado las otras, en terminología de Josefina Ludmer (Ludmer 620).

Con esta actitud está rechazando el concepto de Sarmiento y lo está sustituyendo por otro que considera más adecuado, consistente en la paulatina (re)educación del gaucho, proponiendo a la vez la metodología a aplicar:

«El progreso de la locución no es la base del progreso social, y un libro que se propusiera tan elevados fines debería prescindir por completo de las delicadas formas de la cultura de la frase, subordinándose a las imperiosas exigencias de sus propósitos moralizadores, que serían, en tal caso, el éxito buscado» (Hernández 143).

Hernández hace uso de su profundo conocimiento de la zona rural, de las costumbres, la mentalidad y los límites de sus habitantes para adaptar el sistema de educación y progreso social a las posibilidades de estos. Crea una alternativa para introducir paulatinamente el saber entre estas personas que percibe como necesitadas de educación, pero ofrece un modo que, a diferencia del ideado por Sarmiento desde las elevadas esferas de ministerios y gobierno, establece como punto de partida la situación real de la población: «El gaucho no conoce ni siquiera los elementos de su propio idioma y sería una impropiedad cuando menos, y una falta de verdad muy censurable, que quien no ha abierto jamás un libro siga las reglas de Blair, Herosilla o la Academia» (Hernández 144).

Tras el grito inicial de Hernández, que podríamos percibir metafóricamente como un grito de guerra lleno de belicismo, tras la publicación y la (muy exitosa) difusión y popularización de la primera parte de *Martín Fierro*, todavía sin su *Carta a los editores (Carta II)*, el que se había lanzado al ataque refrena y suaviza su actitud, viniendo con alternativas soluciones y explicando pacientemente que hay muchas otras formas de aprender y que en el gaucho hay mucho más de lo que desde las lejanías de Buenos Aires pueda ser percibido. Entre lo más folclórico y ancestral del aprendizaje,

como la sabiduría transmitida de forma oral entre los gauchos y la educación formal de las escuelas, por el momento inalcanzables para los más pobres de las zonas rurales, hay toda una escala de fuentes de sabiduría que no está siendo tomada en cuenta. Por ejemplo la valiosa experiencia misma de una vida que nadie ha facilitado en ninguna de sus fases y que ha sido llena de sufrimiento. Lo aprendido en la vida real le sirve al gaucho igual o más que la educación formal: «Junta experiencia de la vida / Hasta pa dar y prestar / Quien la tiene que pasar / Este sufrimiento y llanto; / Porque nada enseña tanto / Como el sufrir y el llorar (*La Ida*, versos 121-126). «En la escuela del sufrir / He tomado mis lecciones; / Y hecho muchas reflexiones / Dende que empecé a vivir» (*La Vuelta*, versos 1763-1766). «Sufriendo tanto dolor / Muchas cosas aprendí» (*La Vuelta*, versos 2765-2766). «Aprendí por experiencia / Que el mal nombre no se borra» (*La Vuelta*, versos 3587-3588). Hay incluso situaciones, donde la ciencia formal no alcanza las cualidades que se hacen imprescindibles en las particulares circunstancias en las que el gaucho vive: «Aquí no valen Doctores / Sólo vale la experiencia, / Aquí verían su inocencia / Esos que todo lo saben;- / Porque esto tiene otra llave / Y el gaucho tiene su ciencia» (*La Ida*, versos 1457-1462). Por haberse criado en la pampa, el gaucho tiene desarrollado su sentido de orientación en el espacio mejor que otros: «El que es gaucho ve ande apunta, / Aunque inore ande se encuentra» (*La Ida*, versos 2211-2212). Estamos viendo en todos estos versos muchas cualidades del gaucho que son fruto de su experiencia y le dan cierto tipo de conomientos que hacen de él una clase de persona merecedora de ser valorada positivamente.

Además, Hernández indica que el gaucho tiene fe en Dios (por tanto es cristiano, lo cual le asemeja y crea un puente de conexión con *los otros*, los instruidos de las ciudades), como ya hemos visto con anterioridad, y le atribuye al hombre de la pampa habilidades o dones que vienen de Dios y el gaucho dispone de ellas porque es cristiano, es decir, Dios no ha hecho la diferenciación entre los gauchos y los demás argentinos, con lo cual los considera a todos de la misma condición: «Y allí el gaucho inteligente / En cuanto el potro enriendó,[...] / Que el hombre muestra en la vida / La astucia que Dios le dio» (*La Ida*, versos 169-174). «Dios formó lindas las flores [...] Pero al hombre le dio más / Cuando le dio corazón [...] Pero más le dio al cristiano / Al darle el entendimiento [...] Le dio al hombre más tesoro / Al darle una lengua que habla» (*La Ida*, versos 2155-2172). «Que cante todo viviente / Otorgó el Eterno Padre [...] / Canta el gaucho... Y ay! Jesús! » (*La Vuelta*, versos 43-50). «Pues de todos los bienes, / En mi inorancia lo infiero, / Que le dio al hombre altanero / Su Divina Majestá; / La palabra es

el primero, / El segundo es la amista» (*La Vuelta*, versos 2019-2024). Se puede considerar enormemente inteligente por parte de Hernández el haber incluido estas menciones de los dones otorgados por dios en los versos de *Martín Fierro*, ya que apelando a la cristiandad de los gauchos está ayudándose de la doctrina cristiana para reforzar la idea de la fraternidad (que los demás cristianos, argentinos o no, deberían practicar) a favor de los gauchos. Si bien para Sarmiento no tendría por qué ser un problema desoír la voz de Hernández, debería serlo (en un mundo fuertemente cristiano de descendientes de españoles católicos) desoír a Dios.

Si bien es verdad que Hernández se sirve de las menciones de la cristiandad para recalcar que el gaucho también es merecedor de la protección divina, y por tanto es igual a otros en su cualidad de persona, lo hace también para hacer una línea gruesa de separación entre el gaucho y el indio. Este segundo, al no ser cristiano, no goza del amparo de la voz de Hernández, quien sale en defensa del gaucho para demostrar que no es irrecuperable para la sociedad argentina, pero no lo hace cuando se trata de los indios. El autor sacrifica al indio, ya que a él sí lo considera bárbaro por naturaleza e ineducable. Esta convicción se puede comprobar en los versos 379 – 395 de *La Vuelta*, llenos de ejemplos de las cualidades negativas de esta raza de personas: «El indio pasa la vida / Robando o echao de panza [...] / Lo que le falta en saber / Lo suple con desconfianza. [...] / No hay que pedirle favor / Ni que aguardar tolerancia / Movidos por su inorancia / Y de puro desconfiaos / Nos pusieron separaos», y más todavía en los versos 565-570: «Es tenaz en su barbarie, / No esperen verlo cambiar, / El deseo de mejorar / En su rudeza no cabe- / El bárbaro solo sabe / Emborracharse y peliar». Hernández, a través de los versos de *Martín Fierro*, achaca a la naturaleza de los indios las peores cualidades que, curiosamente, en gran medida coinciden con las que le son achacadas (injustamente) al gaucho. Hernández traslada las cualidades que se atribuyen al gaucho al brutal indio, quien sí vive sin religión ni cultura, es incapaz de amar a las mujeres y su insensibilidad es infinita (los cantos VIII y IX de *La Vuelta* describen la extrema crueldad con la que un indio maltrata inhumanamente a una cautiva cristana y a su hijo pequeño. El maltrato culmina con el brutal asesinato del hijo ante los ojos de su madre y la narración continúa con la salvación de la cautiva por Martín Fierro). De nuevo Hernández nos enfrenta al hecho de que el gaucho (por ser cristiano y por tanto capaz de cualidades humanas) está siendo asemejado al indio injustamente, pues a diferencia de aquel, es capaz de amar a la mujer y a Dios: «Yo alabo al Eterno Padre,- / No porque las hizo bellas, / Sino porque a todas ellas / Les dio corazón de madre [...] /

Mas los indios inorantes / Las tratan de estropajo» (*La Vuelta*, versos 705-714), así como es movido por sentimientos muy humanos como la compasión que le lleva a salvar a la cautiva aún a riesgo de perder su vida en la pelea con el indio. El gaucho, por tanto, no puede ser considerado un igual al indio, de ninguna manera: es cristiano (el indio no lo es), es compasivo y capaz de sacrificio (el indio no), es capaz de sentir amor y respeto (el indio no). En conclusión, el gaucho es merecedor de recibir protección y gracia, no es irrecuperable, no es caso perdido para la sociedad, no es ineducable, mientras que el indio no posee ninguna de las cualidades mencionadas y no merece tales atenciones.

El gaucho sale gloriosamente vencedor de la (indirecta) comparación que Hernández hace entre él y el indio. El padre y creador de Martín Fierro se permite, sin embargo, otro tipo de comparaciones, también entre el gaucho y los que serían los representantes del *otro lado*, supuestamente más dotado de cualidades, y también sale vencedor el gaucho de estos trances. En los versos «Ahi empezaba el afán / Se entiende, de puro vicio, / De enseñarle el ejercicio / A tanto gaucho recluta, / Con un estrutor...Qué bruta! / Que nunca sabia su oficio» (*La Ida*, versos 451-456) somos testigos del desprecio que el gaucho siente hacia el que debía ser su autoridad y que le debía enseñar algo que él todavía no había podido aprender. El hecho de que un inculto no vea nada que admirar (al contrario, encuentra cosas a despreciar, y con fundamento) es otra forma de justificar el por qué el gaucho no debía ser eliminado con tal facilidad: si hay entre los oficiales del gobierno u otros representantes de la sociedad (no la de los gauchos) los que presentan tal incompetencia, el gaucho no merece ser considerado peor que esta sociedad. Si el que pretende acusar al gaucho de incompetente e incapaz lo es él mismo, la autoridad se presenta como una farsa indigna de ser respetada. Hernández hace un llamamiento: antes de ponernos a eliminar al gaucho por inculto, veamos si realmente son mejores los que lo pretenden enviar a la muerte solo por encontrarse en posición de autoridad.

Muy similar es la situación que surge en torno a la muerte de Vizcacha, el tutor que el Juez había asignado al Hijo Segundo de Martín Fierro para que cuidara de este hasta su mayoría de edad. No solo que los diálogos internos del Hijo Segundo demuestran que es capaz de valorar él mismo si Vizcacha era o no capaz de transmitirle valores positivos, sino que muestran el desprecio que siente por los valores negativos que cuelgan suspendidos en torno a este individuo: «Me dijo que era un señor / El que me debia cuidar- / Enseñarme a trabajar / Y darme educación. - / Pero qué había de

aprender / Al lao de ese viejo paco» (*La Vuelta*, versos 2255-2260). Los versos que siguen estos aquí expuestos describen la miseria física y moral en la que el viejo Vizcacha vive sumido y dejan ver claramente que no hay en esta persona nada valioso en cuanto a educación formal que pudiera transmitir a su acogido: vivía del robo y del negocio de dudosas cualidades, no tenía bienes salvo una carreta podrida y un rancho en ruinas, en el que acumulaba trastos que robaba (el estilo de vida del viejo está descrito detalladamente en el canto XIV de *La Vuelta* por el Hijo Segundo y en la conversación que el Alcalde tiene con algunos vecinos después de la muerte de Vizcacha en el canto XVII). El Hijo Segundo, a pesar de ser joven, es capaz de sacar sus conclusiones y de clasificar sus pensamientos: sabe que no ha de aprender nada de esta persona y muestra su descontento de esta suerte suya, lo cual es otro indicio más de que el gaucho no es inculto por resistirse a ser formado o instruido, sino porque no le han sido dadas las oportunidades de cambiar estas cualidades. En la opinión de Antonio Rodríguez Maldonado hay reminiscencias de Rousseau en este planteamiento de Hernández: el hombre nace bueno por naturaleza y es la sociedad quien lo deforma y tiene una influencia nefasta sobre él y su carácter (Rodríguez Maldonado 759). Es la indiferencia de la sociedad, que no se interesa por el destino de un joven huérfano y que le deja prácticamente abandonado en manos de un bandido, la causante de su ignorancia. El gaucho no es ignorante, ni bárbaro, ni malo por naturaleza, sino que le son negadas las oportunidades y fuentes para aprender.

Para concluir el análisis de *Martín Fierro* nos detendremos por separado (a modo de última parada de nuestra trayectoria) en la parte final de *La Vuelta*, muy relevante desde el punto de vista de la educación. En ella, tras el encuentro con el Moreno y la *payada* tratada al inicio de este capítulo, Martín Fierro, sus dos hijos y Picardías, el hijo de Cruz, recapitulan su situación y, partiendo de todo lo que han aprendido a lo largo de los años de sufrimientos (y evolución) por separado, llegan a una serie de conclusiones. Para los efectos de este trabajo lo más valioso de la parte final de *La Vuelta* es el canto XXXII, repleto de consejos que Martín Fierro da a los jóvenes y que, a diferencia de los del viejo Vizcacha, comprenden numerosos indicios de que el gaucho ha madurado, ha aprendido muchas cosas, ha evolucionado hacia valores superiores y más nobles a los que lo movían en los inicios de su trayectoria: por tanto no puede ser ineducable ni merece ser despachado sin recibir una oportunidad. Interpretemos algunos de estos versos finales:

«Yo nunca tuve otra escuela / Que una vida desgraciada / No estrañen si en la jugada / Alguna vez me equivoco / Pues debe saber muy poco / Aquel que no aprendió nada» (*La Vuelta*, versos 4601-4606). De nuevo nos encontramos con el reconocimiento de la propia ignorancia, como ya hemos visto en otros pasajes del libro, pero no hay ni rastro de resistencia a ser educado, más bien un tono de lamento. Martín Fierro continúa en su exposición dando un ejemplo de sabiduría práctica y de sentido común, negando la necesidad de conocimientos inútiles y mostrando una capacidad de seleccionar lo que para su vida es necesario y valioso: «Hay hombres que de su cencia / Tienen la cabeza llena; / Hay sabios de todas menas⁶ / Mas sigo sin ser muy ducho - / Es mejor que aprender mucho / El aprender cosas buenas» (*La Vuelta*, versos 4607-4612).

También en los versos que siguen es patente la fe que Martín Fierro tiene en sus propios instintos e inteligencia nata: «No aprovechan los trabajos / Si no han de enseñarnos nada- / El hombre, de una mirada / Todo ha de verlo al momento- / El primer conocimiento / Es conocer cuándo enfada» (*La Vuelta*, versos 4601-4606).

En los versos que siguen más que nunca vemos a un Martín Fierro que ha entendido la necesidad de adoptar un código de comportamiento legal y es capaz de acomodarse al hecho de que también hay que participar cumpliendo ciertas obligaciones, aparte de tener derechos: «El trabajar es la ley / Porque es preciso alquirit- / No se espongan a sufrir / Una triste situación- / Sangra mucho el corazón / Del que tiene que pedir. // Debe trabajar el hombre / Para ganarse su pan» (*La Vuelta*, versos 4649-46546). Leemos aquí una declaración abierta de aceptación del código civil que se entiende por el correcto y que para el gaucho supondrá la condición a cumplir para poder cruzar hacia una vida normal sin persecución injusta y sin estigmatización. Martín Fierro ha vuelto, en palabras de Eugenia Ortiz Gambetta, siendo «un gaucho pacífico, sabio, noble consejero y que, después de superar un pasado de desertor y pendenciero, se reforma» (Ortiz Gambetta 204).

Los versos que mejor resumen el mensaje que Hernández, a través de *Martín Fierro*, quiere hacer correr en dos direcciones (entre los habitantes de la pampa por un lado y entre los indicados en el gobierno por otro), son los siguientes, en los que se concentra toda la teoría de Hernández como alternativa a la de Sarmiento:

⁶ Tipos.

«Debe el gaucho tener casa, / Escuela, Iglesia y derechos» (*La Vuelta*, versos 4827-4828)

4. Conclusión del análisis

Basándonos en los hallazgos presentados en el capítulo precedente, reafirmamos que la educación es un tema fuertemente presente en *Martín Fierro*. Es, a nivel de educación, la crítica argumentada de un A (la injusta estigmatización del gaucho por falta de instrucción y su consecuente eliminación sistemática, en su mayor parte y con más intensidad representada en *La Ida*) y es asimismo la oferta de un B (valorar lo bueno que hay en él: sus numerosas cualidades y habilidades, así como su calidad de cristiano, y realizar la educación del gaucho mediante formas que para él sean aceptables y accesibles) como solución alternativa que podría funcionar. En palabras de Carlos Gamerro «*Martín Fierro* no es una tragedia sino denuncia, y quien hace una denuncia supone que hay una solución [...]». Hernández plantea el problema en *La Ida* y, como indica Carlos Gamerro, ofrece la solución en *La Vuelta*: «[...] que los gauchos abandonen su código tradicional y se acojan a la ley escrita, siempre y cuando la ley escrita sea la misma para todos y se formule en la voz del gaucho» (Gamerro 19-20). Así, si bien es verdad que los gauchos no poseen educación formal, no es justo que por ello sean eliminados, es más: deberían ser tratados con justicia y no deberían dejar de ser considerados ineducables.

Hernández con sus versos pretende explicar que no es que el gaucho *sea* matrero, sino que *se hace* matrero (o se convierte en asesino) en consecuencia de lo que es obligado a sufrir. En el análisis de los versos hemos visto que los gauchos no son *a priori* seres bárbaros por naturaleza, incorregibles y portadores natos del mal, si bien es verdad que en muchos casos se convierten en problemáticos y crueles en consecuencia de las extremas situaciones a las que son obligados a enfrentarse contra su voluntad, como el reclutamiento forzado y el alejamiento de sus familias por muchos años, o su condición de perseguido por la ley por vago o desertor. De ahí pues que no sea el gaucho el responsable directo (o al menos no el único) de su estatus de *matrero* y criminal, sino que es la misma sociedad y el gobierno, quien al arrancarle de su vida original y ponerle en primeras líneas de los conflictos bélicos le obliga a adquirir tales rasgos. Hernández atribuye a los gauchos la capacidad de aprender y de adaptarse y lo

argumenta a través de ejemplos, que han sido extraídos y analizados en el subcapítulo precedente y que aquí nos tomamos la libertad de resumir y clasificar:

- a) El gaucho sabio: quizás carente de instrucción formal de una escuela y de un pronto incontrolado, pero a la vez poseedor de numerosas cualidades procedentes de ancestrales sabidurías de sus antepasados y de la experiencia adquirida de la continua exposición a la naturaleza, poseedor de numerosas habilidades: tiene un perfecto sentido de la orientación en el terreno, entiende de los trabajos en una granja, etc.
- b) El gaucho inteligente: dispone de inteligencia musical y de la capacidad de memorizar o improvisar textos, en las payadas demuestra pues una inteligencia natural, en otras situaciones muestra su capacidad de pensar usando la lógica y llega a sabias conclusiones, así como es capaz de analizar críticamente distintas situaciones y adoptar ciertas actitudes en función de lo que la situación requiera, no carece de inteligencia social.
- c) El gaucho que tiene algo que ofrecer: hay numerosos ejemplos de que el gaucho es consciente de estas cualidades suyas y él no se considera a sí mismo un inútil, un obstáculo para la sociedad, sino que es capaz de poner su sabiduría a disposición de otros (por ejemplo dando consejos).
- d) El gaucho que quiere aprender: aunque en los comienzos del libro parece proclamar desafiante que él se basta con su sabiduría tradicional, no se niega a aprender, es más, lamenta no saber más en numerosas ocasiones, expresa su deseo de aprender y de incorporarse a la sociedad como un ciudadano *legal*, accediendo a un compromiso y aportando sus cualidades a servicio de otros. Se demuestra que el gaucho sucumbe a un proceso de aprendizaje aunque no sea el formal, es decir, aprende de lo que le legaron sus antepasados, de la vida y de las experiencias, por tanto no hay motivo para que no aprenda otros contenidos si le son ofrecidos de un modo para él aceptable.
- e) El gaucho claramente superior al indio: además de un importante y repetido hincapié del autor en la calidad de cristiano del gaucho (que debería ser otro motivo más para ser respetado y no eliminado), el gaucho sale glorioso del contraste con el indio, en comparación con el cual el gaucho aparece como una persona de nobles sentimientos como la compasión, el sacrificio por otros, la amistad, el amor a la mujer y al prójimo, rasgos que, si bien no equivalen directamente a la educación en el sentido más estricto de la palabra, sirven de fuerte factor diferenciador entre los

que sí son ineducables e irrecuperables para la sociedad (los indios) y los que no lo son (los gauchos).

Nuestra conclusión es que en el poema se hallan numerosas muestras del uso del tema de la educación como un instrumento para influir la opinión pública y las actuaciones del gobierno acerca del gaucho y su vida. Hernández se sirve de ellos para construir la acusación dirigida al gobierno y la consecuente defensa del gaucho. No solo describe las injusticias cometidas contra el hombre pampeano, sino que explica por qué no son correctas las suposiciones de Sarmiento en base a las cuales considera al gaucho ineducable, así como muestra ejemplos de lo contrario. Aunque carente de educación, conocemos a un gaucho que *a priori* sería *bueno* y *manso*, siempre que se le dejara vivir su vida primigenia y atenerse a sus costumbres y tradiciones. Hernández apoya sus argumentos precisamente en estos ejemplos de las cualidades del gaucho, que de hecho niegan que fuera ineducable o carente de inteligencia.

TRABAJOS CITADOS

Gamerro, Carlos. «Introducción a Martín Fierro.» Hernández, José. *Martín Fierro*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial, 2018. 13-37.

Hernández, José. *Martín Fierro*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial, 2018.

Castanien, Donald G. «Hernández's Didactic Purpose in 'Martín Fierro'». *The Modern Language Journal*, vol. 37, núm. 1 (1953): 28-32. *JSTORE*.

Ludmer, Josefina. «El género gauchesco.» González Echevarría, Roberto y Enrique Pupo-Walker. *Historia de la Literatura Hispanoamericana*. Madrid: Editorias Gredos, 2006. 614-629.

Mansilla, Lucio Victorio. *Una excursión a los indios ranqueles*. Miami: Stockero, ed. Saúl Sosnowski. 2007. *Google Book Search*.